

La dictadura casi perfecta

El capitalismo es la cumbre evolutiva del totalitarismo.

Un Estado totalitario realmente eficaz sería aquel en el cual los jefes políticos todopoderosos y su ejército de colaboradores pudieran gobernar una población de esclavos sobre los cuales no fuese necesario ejercer coerción alguna por cuanto amarían su servidumbre. Aldous Huxley.

La “democracia” burguesa es la dictadura casi perfecta. No es perfecta porque nada lo es, pero la llamada “democracia” liberal es la dictadura más sofisticada y elaborada que el ser humano haya inventado hasta la fecha. Cualquier dictadura es el dominio de una(s) minoría(s) sobre la mayoría. En el capitalismo todo trabajador sabe perfectamente que para prosperar o simplemente para sobrevivir debe obedecer las órdenes que vienen de arriba. Las grandes decisiones estratégicas de cualquier empresa vienen de muy arriba. ¿Qué es eso sino una dictadura? Es cierto que si uno no obedece no es puesto delante de un pelotón de fusilamiento. Pero se arriesga a ser expulsado de la empresa. Peligra su sustento. El miedo es la “vestimenta” tanto del obrero manual como del “obrero mental”. **El capitalismo es la dictadura económica.** Dictadura que es posible porque los medios de producción son privados, pertenecen a ciertas personas que, gracias a dicha posesión, ejercen su dictadura y acaparan gran parte de la riqueza generada. Pero es una dictadura descentralizada. Tal vez en esta peculiar característica reside su fortaleza. Es una dictadura no sólo ejercida por la clase empresarial, sino que asumida por gran parte de la población como algo natural e inevitable. Es una dictadura en la que no es tan necesario que unos pocos, muy pocos (ya sea un rey, un caudillo, una burocracia, un partido) repriman al resto, sino que esos pocos tienen muchos colaboradores distribuidos a lo largo y ancho de la sociedad. Toda dictadura necesita una serie de colaboradores. Pero la “democracia” burguesa es la dictadura con más colaboradores. En ella colaboran distintas clases sociales, incluso las oprimidas. En ella no sólo domina cierta minoría, la oligarquía capitalista, sino que dicho dominio es mucho más sutil y logra incluso la colaboración de una gran parte de la mayoría oprimida. En esto radica el verdadero éxito del capitalismo. De aquí proviene la principal dificultad para derrocarlo.

La dictadura económica se parapeta tras una aparente democracia política que intenta evitar que ésta salpique a aquella. La prueba más palpable de que el capitalismo necesita evitar la verdadera democracia es que cuando ésta se intenta surgen los golpes de Estado. Cuando el disfraz de democracia no le vale a la gran burguesía simplemente se lo quita, temporalmente, para no perder el control de la sociedad. Una vez recuperado el control las élites vuelven a conceder al pueblo el “poder”. La oligarquía prefiere otorgarlo (en pequeñas dosis controladas) al pueblo antes que éste ose tomarlo. La prueba más palpable de que no tenemos verdadera democracia es que cuando miles de ciudadanos se manifiestan pacíficamente en las calles reclamando la democracia real, más y mejor democracia, no sólo son ignorados, sino que reprimidos violentamente. La prueba más palpable de que no tenemos aún democracia es que el sistema involuciona, empeoran las condiciones de vida de la

mayoría, sus problemas no son sólo crónicos sino que se agudizan con el tiempo. El pueblo se siente impotente simplemente porque no tiene realmente el poder.

La “democracia” burguesa es una dictadura inteligente. Las élites que nos gobiernan y controlan han adquirido experiencia a lo largo de los siglos. **No existe dictadura más eficaz que aquella que aparenta no serlo.** En la “democracia” burguesa los ciudadanos eligen a sus dictadores, es decir, refrendan en las urnas el sistema que les oprime. Incumpliendo en la práctica muchos de los postulados teóricos en los que supuestamente se sustenta la llamada democracia liberal (igualdad, separación de poderes, etc.), la gran burguesía consigue herir de muerte a su pretendida democracia. Herirla para salvarse ella, salvarse del pueblo. Pues con una auténtica democracia, tarde o pronto, toda élite deja de serlo. Los ciudadanos votan sin mucho convencimiento pero votan, realimentando así el sistema que les impide ser ciudadanos. ¿Por qué votan? Por inercia, por tradición, por miedo (a lo desconocido), por comodidad, por engaño, por tranquilizar sus conciencias, por agarrarse a un clavo ardiendo,... Pero votan, y sobre todo a los partidos que defienden los intereses de la oligarquía. Así, las minorías dominan a la mayoría con el apoyo de ésta (al menos de una gran parte). ¿Es posible inventar mejor dictadura?

La mayoría oprimida asume los valores culturales de las minorías opresoras. Valores que atentan contra sus propios intereses. Así la mayoría se condena a sí misma. Así las víctimas votan a sus verdugos. Pero, ¿por qué? Porque el capitalismo ejerce su control ideológico a través de los medios de comunicación de masas, pero sobre todo porque consigue que la gente lo vea como algo natural e inevitable. El egoísmo es para la mayoría de las personas una de las principales características que definen al ser humano. Y, por consiguiente, la feroz competencia, la lucha de todos contra todos, es lo más natural. De esta manera, la ley de la jungla, es decir, la ley del más fuerte, del sálvese quien pueda, se traslada a la civilización, se institucionaliza como la ley de leyes de nuestra sociedad. Es más, y aquí radica el verdadero peligro, dicha ley parece el paradigma de la libertad, cuando es realmente justo lo contrario. Pues no puede aplicarse el mismo criterio de libertad cuando el individuo vive aislado que cuando vive en sociedad, en la selva que en la civilización. **En la vida en sociedad la libertad es imposible sin la igualdad de oportunidades, sin la igualdad en las relaciones sociales.** En la vida en sociedad la libertad de uno acaba donde empieza la de los otros, y viceversa. **El liberalismo instaura el libertinaje en la civilización y lo disfraza de libertad y de naturalidad.** La ley que rige la “civilización” capitalista parece natural porque es el traslado directo de la ley que rige la naturaleza primitiva, salvaje, a la civilización. “Caza” o serás “cazado”, domina o serás dominado, oprime o serás oprimido, explota o serás explotado. El capitalismo triunfa en las mentes de los ciudadanos, no sólo por el monopolio de los grandes instrumentos de adoctrinamiento ideológico masivo (educación y medios de comunicación), sino que también por el mensaje transmitido, simple y al mismo tiempo trascendental, con profundas consecuencias: la ley del más fuerte es la más natural. Cuando, precisamente, si por algo debe distinguirse la civilización de la jungla es por el hecho de que se rijan por leyes distintas. La ley del más fuerte puede conducir, tarde o pronto, a la autoextinción de una sociedad que alcanza cierto grado de desarrollo tecnológico, como mínimo a su decadencia. Pues la combinación desarrollo tecnológico y subdesarrollo social es explosiva.

Así, el capitalismo consigue que una de las facetas del ser humano, la cual debería ir disminuyendo notablemente con el tiempo para que una especie supuestamente inteligente se haga verdaderamente civilizada, sea la predominante en su sociedad (y cada vez más). El egoísmo es el motor de la sociedad capitalista. A muchos seres humanos les parece que el egoísmo es lo más natural, por tanto el capitalismo es lo más natural y sólo él puede funcionar. Pero el ser humano también puede ser solidario. “Sólo” hace falta que el sistema de convivencia humano realimente sus mejores características en detrimento de las peores, en vez de al revés. “Sólo” hace falta que la solidaridad sea la norma en vez de la excepción. El ser humano es contradictorio y es capaz de lo mejor y de lo peor. Sin olvidar que en la naturaleza salvaje también existe la colaboración, además de la competencia.

No sólo es casi perfecta la dictadura burguesa por sus apariencias democráticas en su sistema político, sino que también porque muchas de sus víctimas aspiran a dejar de serlo colaborando con sus opresores, o mejor aún, convirtiéndose ellos mismos en opresores. En vez de combatir al sistema, la mayoría lo realimenta. Una vez asumida la ley básica y “natural” de que el egoísmo es el motor de *toda* sociedad, de *toda* especie, una vez asumida la ley del más fuerte como la más lógica, lo siguiente es aspirar a ser el más fuerte, o al menos a ponerse de su lado. Una vez asumidas las reglas del juego, hay que jugar, hay que esmerarse en aplicar dichas reglas, hay que encomendarse a la diosa Fortuna. El gran triunfo ideológico del capitalismo es que muchos trabajadores sólo aspiren a cambiar de bando, a convertirse en explotadores de sus hermanos de clase, en vez de erradicar la explotación que sufren. Muchos trabajadores sólo protestan (por lo general demasiado tarde) cuando son afectados *grave y personalmente* por el juego en el que participan sin cuestionarlo. La utopía social es negada por la propaganda capitalista al mismo tiempo que se nos vende la utopía individual. El individuo corriente piensa que puede huir de su alienación, ya sea jugando a la lotería (nada mejor que paralizar a las masas vendiéndoles la esperanza de que un golpe de suerte las salvará), ya sea cambiando de empresa o de país, ya sea rezando a cualquier dios, ya sea creyendo en un paraíso en otra vida,..., en definitiva, aceptando las reglas del juego con la esperanza de que éste alguna vez le beneficie, con la esperanza de que la ruleta rusa a él no le afecte. Al mismo tiempo que nos oprimen, nos dan esperanzas. ¿Existe mejor manera de evitar la rebeldía que postergándola indefinidamente en el tiempo?

Y, por si todo lo anterior fuera poco, una parte de la izquierda anticapitalista asume (inconscientemente) los valores de la burguesía, los interioriza. Le hace el juego a la burguesía cayendo en un relativismo extremo y absurdo asumiendo que la “democracia” burguesa es una democracia y que el proletariado necesita la suya, asumiendo que no sólo el Estado *burgués* es la dictadura de una clase (como, sin dudas, lo es) sino que *todo* Estado es, por definición, la dictadura de una clase. Incluso, y esto es un gran favor que se le hizo a la burguesía en la guerra ideológica, llamando al sistema que beneficiaría al proletariado *dictadura*. *Democracia* burguesa vs. *Dictadura* del proletariado. Así la burguesía puede proseguir dominando ideológicamente con demasiada facilidad a las masas. ¡Ella es “democrática” mientras que los malvados comunistas no! No podía hacérsele mejor favor a las élites capitalistas. Para dichos izquierdistas la democracia es un concepto totalmente relativo. Cuando, precisamente, el enemigo público número uno de la burguesía, de cualquier minoría dominante, es la auténtica democracia, el gobierno de la mayoría. La

alternativa a la dictadura burguesa disfrazada de democracia es la democracia sin disfraces, sin apellidos, y no ninguna dictadura. Este profundo y grave error en la guerra ideológica contra el capitalismo la izquierda (y el proletariado internacional) lo ha pagado muy caro, y todavía lo está pagando.

¿Es posible una verdadera democracia si prescindimos de algunos de los postulados teóricos de la llamada democracia liberal? ¿Por qué la burguesía se empeña tanto en incumplirlos en la práctica? ¿No nos damos cuenta de que eso, precisamente, nos da pistas sobre cómo superar la simbólica y engañosa “democracia” burguesa? Partiendo de ella y desarrollándola suficientemente, haciendo la democracia *representativa* realmente representativa y mucho más participativa, además de complementándola con la democracia *directa* y expandiéndola a todos los rincones de la sociedad (especialmente a la economía), podemos hacer que deje de ser burguesa, podemos alcanzar la democracia propiamente dicha. En la “democracia” burguesa está el germen de la extinción de la sociedad burguesa, clasista en general. Por esto la gran burguesía se esmera tanto en vaciar de contenido su “democracia”. Es perfectamente consciente del peligro que supone la democracia, la verdadera, para ella.

Afortunadamente, nada es perfecto. Pero no debemos infravalorar al enemigo. La barbarie capitalista sobrevive porque su dictadura ha alcanzado un grado de sofisticación, de perfección, muy alto. Por ahora, el mayor enemigo del capitalismo es el propio capitalismo que sucumbe tarde o pronto, de manera recurrente, ante sus grandes, profundas e irresolubles contradicciones. El peligro es que el capitalismo sucumba haciendo sucumbir de paso a la especie humana o a su hábitat. Debemos hacer todo lo posible para sustituirlo cuanto antes por un sistema puesto al servicio de la mayoría de la humanidad. Y ese sistema sólo puede ser la democracia, el gobierno de la mayoría. Sólo las dictaduras pueden tener apellidos “clasistas”: los de las clases *minoritarias* que dominan artificialmente, mediante el uso de la fuerza. La democracia, por el contrario, no puede tenerlos porque mayoría sólo hay una. El 99% de la población no necesita los mismos trucos para dominar, no necesita reprimir al 1%, ni comerle el coco. La verdad necesita la más amplia libertad, la competencia *igualitaria* entre *todas* las ideas, para abrirse paso, a diferencia de las mentiras. El Estado “proletario”, es decir, donde domine la *mayoría*, debe ser *radicalmente* distinto al burgués (o de cualquier *minoría* dominante). La *hegemonía* del proletariado se conseguirá con la auténtica democracia, la más amplia y profunda posible. **La lucha por la democracia es la lucha contra el capitalismo.** El desarrollo completo, hasta las últimas consecuencias, de la democracia es lo que acabará exterminando al capitalismo. Como decía Hugo Chávez, el socialismo es democracia sin fin.

Para más detalles, ver los artículos [La explotación capitalista](#), [Democracia vs. Oligocracia](#), [El fracaso del "socialismo real"](#) y [Capitalismo, Socialismo y Comunismo](#), o los libros [Las falacias del capitalismo](#), [El marxismo del siglo XXI](#), [Los errores de la izquierda](#) y [¿Reforma o Revolución? Democracia](#).

10 de febrero de 2014

José López

<http://joselopezsanchez.wordpress.com/>